

ALONSO SEPÚLVEDA

Carta astral de un escéptico

Dios no juega a los dados.

Albert Einstein

Dios no sólo juega a los dados. Los esconde:

los echa donde no puedan ser vistos.

Stephen Hawking

ANA
CRISTINA
RESTREPO
JIMÉNEZ

Se precisa una extraña alineación de los astros para que el profesor Alonso Sepúlveda hable de sí mismo y permita que la conversación gire en torno a su vida. Es necesario observarlo con detenimiento, tomar notas, comparar, construir y descartar hipótesis sobre su pensamiento y, entonces, intentar una aproximación a su naturaleza.



Él no quiere ser el Sol. Más de doscientas mil millones de estrellas de la Vía Láctea o un simple vistazo a Andrómeda certifican que no somos el centro del Universo, que “nuestra galaxia no es la más grande ni la más bonita”. Alonso se expresa con el recato de aquel que ha enfrentado la inmensidad del Universo.

Sus búsquedas de escéptico le han permitido reconocer que las ciencias naturales, la matemática, la filosofía y el arte son cultura, expresan el esfuerzo del hombre por ser en el mundo. Sus palabras, que encierran una visión de conjunto, evocan con cierta frecuencia el pensamiento griego. “Las disciplinas que hoy vemos diversas nacieron de un propósito que veía unidad en el mundo”, escribe. Los espíritus de Paracelso, Lulio o Da Vinci, por ejemplo, nos acercarán a ese ideal.

Físico egresado de la Universidad de Antioquia y Maestro en Artes de la City University de Nueva York, ha sido docente en las universidades Eafit, Pontificia Bolivariana y Nacional. Después de más de treinta años como profesor en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Alma Máter, no renuncia a las aulas. En la actualidad, imparte cátedra de Fundamentos de Astronomía. También ha sido profesor de Historia de la física, Electromagnetismo, Física matemática y Relatividad; sin embargo, su gran aporte a la academia radica en su insistencia en la enseñanza de la historia de la Física: la importancia de revisar, de regresar al origen, de observar los errores y aciertos de una disciplina, la narración apasionante de la ciencia. Su producción intelectual, entre científica, filosófica y poética, incluye publicaciones como *Estética y simetrías* (2003), *Electromagnetismo* (abril de 2009), *Física matemática* (noviembre de 2009), *Un viaje en el espacio y el tiempo* (2010), *Los conceptos de la física: evolución histórica* (2012) y *El instante luminoso* (2012).

A través de él hablan egipcios y babilonios y Aristóteles y Copérnico y Galileo y Baudelaire y Carrasquilla. Pero si se invocan

la paciencia y el juicio de los astrónomos, es posible ver brillar a Alonso Sepúlveda Soto solo, al ser humano desde su experiencia más elemental...

En el Hospital San Rafael, de Yolombó, Alonso nació después de una noche de luna llena. Ese día, 12 de julio, el poeta Pablo Neruda celebraba su cumpleaños cuarenta y cinco. Y ese año, 1949, Jorge Luis Borges publicaba *El Aleph* y George Orwell *1984*.

Nieto de un arriero y de uno de los ebanistas que erigió la iglesia de San Lorenzo en la plaza del pueblo, fue el primero de los seis hijos de Carlota Soto, ama de casa, y Guillermo Sepúlveda, empleado de la Caja Agraria.

A los cinco años despertaba en medio de las noches oscuras y veía al lado de su cama a una bruja, vieja y fea, como las de los cuentos de las abuelas. El movimiento “Urano, el mago”, de la suite para gran orquesta *Los Planetas*, de Gustav Holst (la música clásica que aprendió a escuchar al lado de su padre), bien podría acompañar esa escena de infancia: el único rastro de superstición que alberga su memoria.

Vivía con su familia en la zona urbana de Yolombó, a unos metros del lugar donde estudió, un liceo masculino y laico, el Aurelio Mejía, hoy llamado Eduardo Aguilar. En cuarto de bachillerato descubrió el primero de los fenómenos inexplicables que llegarían a su vida: el paso indiferente de una niña con uniforme del colegio carmelita, su primer amor —no correspondido—, para quien escribió decenas de cartas que jamás tuvo el valor de enviar.

Las lecturas de Voltaire y Diderot lo convirtieron en un lector voraz y crítico, cuyo compañero de debate era Gonzalo Jaramillo Escobar —hermano de Jaime, el poeta X-504—, quien solía compartir recortes de revistas y poemas de esos desobedientes que se hacían llamar “nadaístas”.

En una ocasión el profesor de religión lo mandó a escribir un ensayo. El resultado de su trabajo fue la suspensión del colegio

Las lecturas de Voltaire y Diderot lo convirtieron en un lector voraz y crítico, cuyo compañero de debate era Gonzalo Jaramillo Escobar —hermano de Jaime, el poeta X-504—, quien solía compartir recortes de revistas y poemas de esos desobedientes que se hacían llamar “nadaístas”.

durante una semana; entonces contó con el apoyo incondicional de su padre, orgulloso de que su hijo se atreviera a pensar por sí mismo.

Al culminar los años escolares, Alonso Sepúlveda fue distinguido como el mejor bachiller del liceo. Su premio: una Biblia firmada por el rector. (Hoy dice que sí leyó la Biblia, pero no toda, que con frecuencia revisa el Génesis y que el Cantar de los cantares es “una pieza sui generis, de gran sensualidad para estar en un texto religioso”).

Decidió estudiar Ingeniería Química en la Universidad de Antioquia y se instaló en la casa de una tía en Medellín. Se convirtió en visitante asiduo de la Biblioteca Pública Piloto. Luego quiso cambiarse para Física o Filosofía, y optó por la primera para conservar sus bases previas en formación científica.

Los fines de semana regresaba a Yolombó con su amigo Gonzalo Vanegas, un estudiante de Derecho. En sus andanzas por las veredas del pueblo, conversaban con campesinos, hacían nuevas amistades. Alonso conoció a un labriego analfabeta que se enamoró de la hija del dueño de la finca donde trabajaba. Cuando ella, también preñada, le mandó la primera carta, el campesino le pidió a Alonso que se la leyerá y, por supuesto, la respondiera. Fue así como los dos universitarios se dedicaron a escribir cartas de amor... a cambio de cervezas.

Su estilo epistolar está plasmado en el libro *El instante luminoso*, cartas biográficas a manera de reflexiones imaginarias, que Alonso Sepúlveda escribió cual amanuense de varios de los grandes científicos de la Historia.

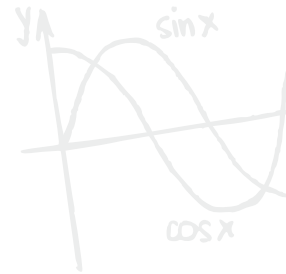
Las juventudes rebeldes todavía agitaban las aulas universitarias en París, un astronauta gringo se tomaba una *selfie* sobre la superficie lunar, mientras las vitrinas de Junín reflejaban el caminar acompasado de un grupo de muchachos que se iba a coquetear con las *pipiolas* bonitas; entre ellos, un estudiante de Física, de pelo largo, que mantenía un libro de Jean Paul Sartre debajo del brazo.

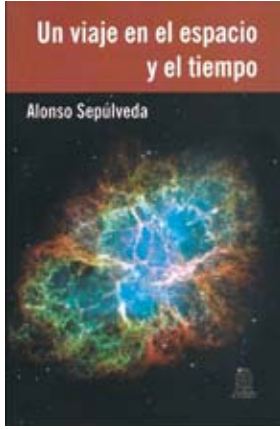
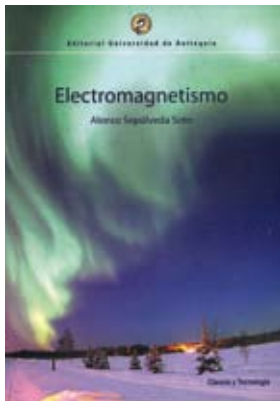
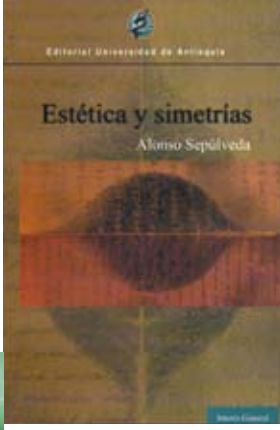
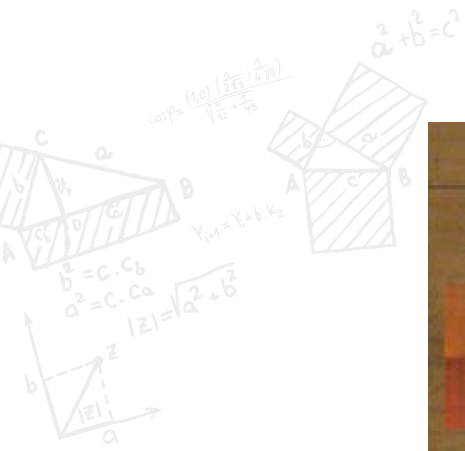
De esos días, Alonso conserva intactas las ansias de escuchar a Palito Ortega o a Leo Dan en concierto... ¡Y que viva el amor!

“Es que el artista, más que el naturalista, cree que en la deliciosa impostura de la asimetría radica también la belleza”, escribió en *Estética y simetrías*.

Alonso Sepúlveda tiene la fisonomía que tal vez le hubiera encantado recrear al caricaturista Ricardo Rendón: manos pequeñas que dibujan figuras en el aire, cejas levantadas al momento de enfatizar una idea, nariz con tabique pronunciado y labios demarcados. Usa una boina clásica inglesa para protegerse del sol, y gafas de metal con lentes circulares, similares a las que lucía en su juventud el autor de *El ser y la nada* y *La náusea*.

El profesor acude a nuestro encuentro de guayabera, pantalón caqui y zapatos de tela: “No tengo ni idea de qué le voy a hablar”, me saluda. Para nuestra primera conversación, buscamos un lugar silencioso de la universidad, nos sentamos bajo la sombra de los árboles, en las graderías de “el aeropuerto”. Alonso descarga una carpeta azul de plástico que contiene sus notas de clase.





En busca de una conexión elemental, comenzamos a divagar sobre aspectos estéticos de su obra: tan pronto entramos de soslayo en los acontecimientos de su vida, desvía la charla con esta Ley de Newton o con aquella anécdota de Einstein.

Alonso es un científico a quien no le gusta inventar artefactos. Es agnóstico. Desconfía de la Iglesia como institución. No tiene agujeros ni cree en fantasmas. No reconoce un carácter científico en la astrología, pero guarda el suficiente respeto por los astrólogos como para considerar sus argumentos y debatirlos.

A través de sus reflexiones y estudios, es posible emprender un recorrido histórico que comienza con la manzana de Adán, pasa por la de Newton y termina victoriosa sobre el escritorio del profesor. Como Galileo, este físico *eleva la mirada hacia los astros que le sugieren otra escritura*. Sus obras son el resultado de notas que toma en papelitos sueltos y almacena en sus bolsillos y cajones.

A principios de los años ochenta estudió una Maestría en Artes en el Hunter College de la City University de Nueva York. Entonces conoció a un profesor, pésimo, a quien todavía le agradece sus aportes indirectos: su cátedra, bastante aburrida, contaba con siete alumnos; antes de cada sesión, acordaban para que cinco asistieran y los dos restantes se dedicaran a otras actividades sin que el aula se sintiera vacía. Cuando era su turno de ausentarse, visitaba el Museo Metropolitano y permanecía absorto, durante horas, en el Pabellón de Impresionistas, frente a *Los girasoles* o *La noche estrellada* de Van Gogh.

Su tesis de posgrado fue un trabajo titulado "Variational methods on antennas and propagation". "En verdad, fue un cálculo que le hice a uno de mis profesores", recuerda.

Entre 1988 y 2008, la vida de Alonso fue del otro mundo.

Participó en proyectos de investigación sobre la dinámica de las galaxias con el grupo de astrofísica del ICRA (International

Center for Relativistic Astrophysics), dependencia del Instituto de Física de la Universidad de Roma La Sapienza, bajo la dirección del astrofísico Remo Ruffini.

Lo que parecía ser la invitación a una pasantía breve, se convirtió en una visita regular durante dos décadas.

Pese al carácter histórico de la sede de sus investigaciones, una universidad fundada en 1303 por el Papa Bonifacio VIII, el profesor colombiano decidió trabajar en un lugar más tranquilo. Para disminuir los costos de su estadía, en cada viaje se instalaba en un convento carmelita ubicado 56 kilómetros al sur de la capital italiana, en el poblado costero de Anzio, la cuna de Calígula y Nerón.

La primera vez que llegó a su dormitorio, encontró la imagen de un telescopio cruzado: estaba prohibido el uso de aparatos de observación. Desde su ventana, con vista al mar Tirreno, resolvía problemas específicos que le eran encomendados, por ejemplo, la realización de cálculos de la velocidad de circulación de las estrellas en cierta constelación. En *Estética y simetrías* escribió:

Y los lentos,
y siempre irreales arboles
—oro traslucido del chablis—
En los amados inviernos de Anzio

Europa, y en especial Italia, ha significado para Alonso la oportunidad de nutrir sus dos grandes pasiones: la ciencia y el arte. La solemnidad de los museos, la nostalgia de los cementerios y el silencio de las catedrales se incorporaron a su cotidianidad. (“No sé si Dios exista... pero debería”, pensaba bajo la cúpula de una iglesia).

Su asombro al escuchar la ópera *Elixir de amor* de Gaetano Donizetti era apenas comparable con la conmoción que sintió en Padua, cuando estuvo frente al estrado —casi un púlpito— donde enseñaba Galileo Galilei, o cuando leyó en una placa conmemorativa:

“Da questa torre Galileo Galilei il cielo svelo” (desde esta torre Galileo Galilei el cielo develó).

Como Galileo, este físico *eleva la mirada hacia los astros que le sugieren otra escritura*. Sus obras son el resultado de notas que toma en papelitos sueltos y almacena en sus bolsillos y cajones.

No era fácil trabajar entre tanta belleza.

Durante un simposio en el Palacio de Loredán, sede del Instituto Veneciano de Ciencias, Letras y Artes, la concentración era esquivada: “En la basílica de Santa María dei Frari, en Venecia, hay un bonito cuadro de Giovanni Bellini que bien vale la volada de una conferencia. En la iglesia dei Frari está la tumba de Monteverdi, un mausoleo con el corazón de Canova. Ver y saber esto hacía que los temas del simposio fueran de verdad intrascendentes. En la sala de conferencias hay un cuadro que llamó la atención de todos los asistentes en el momento de inaugurarse el simposio, por lo que nadie le estaba prestando atención al presentador. Cuando se dio cuenta, interrumpió su presentación y nos habló del cuadro: un Tintoretto”.

Después de leer tu obra *El instante luminoso*, me queda la sensación de que a veces somos instrumentos un poco inocentes, idiotas útiles del poder político o militar, ¿consideras que esta reflexión es aplicable a los científicos?

“Creo que solo en ocasiones los científicos son fichas en el juego político o militar, y que muchas veces son protagonistas decisivos. Einstein, por ejemplo, cuando envía a Roosevelt la carta con que se inicia el proyecto Manhattan, o Fermi cuando después de huir de Italia dirige con todo gusto las investigaciones que al final descubren la

posibilidad de una bomba. Pienso en Fritz Haber, uno de los químicos que desarrolló para Alemania, en la Primera Guerra, uno de los gases letales. Sus motivos eran del todo nacionalistas. Con esto digo que muchas veces no son personajes utilizados sino verdaderos protagonistas, que participan en la historia con plena conciencia. Otra cosa es que sus intereses coincidan muchas veces, de modo circunstancial, con los de la gente del poder. Un punto interesante: Heisenberg, uno de los fundadores de la mecánica cuántica, director del proyecto atómico alemán, parece que logró que ese proyecto avanzara tan lento que Hitler nunca tuvo la bomba. Esto es participación activa. Digo que parece porque esa historia nunca ha estado clara. Cuando puedas preguntas por una película (que también es una obra de teatro) que se llama *Copenhagen*; allí se muestra el papel protagónico de los físicos atómicos y el asunto moral que ello implica. Creo también que no solo los hombres de ciencia son potenciales instrumentos o protagonistas. Esto pasa también con los artistas; pienso en Siqueiros (un verdadero idiota útil) y los atentados contra Trotsky planeados por Stalin. Pienso en *Guernica*, que es un manifiesto político y un cuadro protagónico”.

Si te dieran la oportunidad de hurgar en las canecas de basura de los grandes científicos de la historia, para leer las notas que ellos desechan: ¿con cuál te quedarías?

“Tal vez fisgonearía en la cesta de basura de Paul Dirac en los días en que estaba unificando la relatividad espacial y la mecánica cuántica, trabajo del cual salió una de las teorías más singulares y a mi juicio más estéticas sobre el electrón (año 1928 más o menos), pues me gustaría saber cuáles fueron sus aproximaciones iniciales y sus errores, aunque eso lo podría uno saber habiéndoselo preguntado directamente. Pero en general me gustaría más las canecas de los poetas. ¿Qué tal un poema fallido de Baudelaire o de León de Greiff? De hecho, hasta hoy, nunca había pensado en lo

de mirar las canecas, aunque Einstein decía que usaba un cesto grande porque se equivocaba bastante a menudo”.

Son las 7:50 de la mañana. En el tercer piso del bloque cinco, más de cincuenta estudiantes de astronomía esperan para ingresar al salón.

Paola Clavijo, alumna del primer semestre, dice que Alonso Sepúlveda “habla de Newton como si viviera allí, en Buenos Aires”.

A las ocho en punto llega el profesor con las manos llenas: el libro *Bases de astrofísica*, sus notas personales, una bolsa de colores negra con marcadores para el tablero y un café en un vaso de cartulina, el cual no tocará durante una hora y cuarenta minutos. Sube a la plataforma de madera donde están los tableros, descarga todo sobre el escritorio y se quita la boina.

Recapitula la clase anterior, habla sobre el origen de la fotografía, establece planos paralelos entre eventos históricos. Como buen físico, transforma sus palabras en colores: la lección del día son las líneas espectrales.

Para explicar el espectro de emisión, dibuja una vela, una pantalla y un prisma. Perfecta evocación de Pink Floyd en el tablero. Por su discurso pasa la aplicación de cada concepto a la astronomía; además, desglosa con esmero cada concepto: “línea espectral”, “espectros discretos”, “quantum de energía”...

Una pléyade de invitados pasa fugaz por sus relatos: Christian Doppler, Isaac Newton, Edwin Hubble, Auguste Comte, las muchachas de “El harem de (Edward Charles) Pickering”, Werner Heisenberg, Albert Einstein.

Así como los espectroscopistas hacen magia con las líneas espectrales, Sepúlveda tiene el poder de convertir las teorías, fórmulas y leyes en imágenes cercanas, analogías y figuras poéticas.

El profesor circula de derecha a izquierda, entre los dos tableros. Sus zapatos

con suela de goma no hacen ni el más mínimo ruido. Después de una hora de clase, escribe la primera y única fórmula de la lección; veinte minutos más tarde, saca el celular de su bolsillo y revisa la hora.


Y cierra: “Es posible concluir a través de líneas espectrales que el Universo está en expansión”. Anuncia que en la clase siguiente se referirá a la teoría de Niels Bohr y su primer modelo atómico.

Alonso Sepúlveda culmina su mañana académica, pero no su jornada de estudio. Abandona el campus. Es posible que se dirija a su apartamento en el barrio Santa Teresita o que decida subir a su casa en el barrio El Porvenir, en Rionegro, su lugar predilecto para pensar, leer y escribir. Allí permanece buena parte de sus libros de literatura, la herencia que dejará algún día a la biblioteca pública de Yolombó. Los textos especializados serán destinados a los alumnos de la Alma Máter.

Con su esposa Ligia María, maestra de escuela en Itagüí, Alonso tuvo dos hijas, una psicóloga y una ingeniera civil.

Uno de los grandes placeres de este profesor, quien lamenta no haber aprendido a tocar el piano, es oír música sinfónica al lado de Sebastián Guerra Sepúlveda, su nieto de cuatro años.

De vez en cuando viaja a su tierra natal para visitar a su suegro. Su presencia en Yolombó no solo obedece a asuntos familiares y de compromiso con la cultura local (Alonso participó en el proceso de gestión para la restauración del órgano de la iglesia), también es un encuentro provocador que le suscita reflexiones sobre el impacto de la obra de Tomás Carrasquilla —cómo *La Marquesa de Yolombó* ha cobrado vida y ha traspasado los límites de la ficción dentro del imaginario popular—. Él mismo sintió algo de extrañeza aquel día en que abrió unas viejas cajas en una bodega yolombina (“yolombera”, para Carrasquilla)... y encontró varios documentos del capitán Pedro Caballero.

No existe una fórmula infalible que se aproxime a la complejidad de un ser humano y su universo: ¡Qué rueden los dados! 

Ana Cristina Restrepo Jiménez (Colombia)
Periodista independiente y profesora de la Universidad Eafit.

